

LA MOSCA

SIGUE la caza, y Zanahoria, encogiéndose de hombros por el remordimiento, de bruto que se juzga, pisa los talones a su padre con nuevo ardor, aplicándose a poner exactamente el pie izquierdo allí donde el señor Lepic puso el pie izquierdo, y dando zancadas como si huyese de un ogro. Sólo toma algún descanso para coger una mora, una pera silvestre o unas endrinas, que estrechan la boca, ponen blancos los labios y calman la sed. Además, en una de las bolsas del morral va el frasco del aguardiente. Sorbo a sorbo, casi

ZANAHORIA

lo apura, porque al señor Lepic, en la embriaguez de la caza, se le olvida pedirlo.

—Papá, ¿una gota?

El viento sólo trae un rumor negativo. Zanahoria se echa al colete la gota que ofrecía, deja vacío el frasco, y, dándole vueltas la cabeza, sale otra vez en seguimiento de su padre. De pronto se para, se mete un dedo en la oquedad de la oreja, lo agita vivamente, lo saca, hace como si escuchase, y le grita al señor Lepic:

—Oye, papá; me parece que se me ha entrado una mosca en la oreja.

EL SEÑOR LEPIC

Pues, hijo, sácatela.

ZANAHORIA

Se ha metido mucho; no puedo tocarla. Oigo el zumbido.

EL SEÑOR LEPIC

Déjala que se muera ella sola.

ZANAHORIA

Pero ¿y si pone, papá? ¿Y si hace nido?

EL SEÑOR LEPIC

A ver si la matas con la punta del pañuelo.

ZANAHORIA

Si echara un poco de aguardiente para ahogarla... ¿Me das permiso?

—¡Echa todo lo que quieras! —le grita el señor Lepic;—pero de prisa.

Zanahoria se aplica a la oreja el gollete del frasco, y lo vacía por segunda vez,

por si acaso al señor Lepic se le ocurriese reclamar su parte.

Y pronto Zanahoria exclama muy alegre, echando a correr:

—Mira, papá; ya no oigo a la mosca. Se debe de haber muerto. Sólo que se lo ha bebido todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
CALLE 2625 MONTERREY, MEXICO

LA PRIMERA CHOCHA

PONTE aquí—dice el señor Lepic.—Es el mejor sitio. Yo me iré a pasear por el bosque con el perro. Levantaremos las chochas, y cuando oigas *pit, pit*, abre bien las orejas y los ojos. Las chochas pasarán por encima de tu cabeza.

Zanahoria tiene la escopeta echada en el brazo. Es la primera vez que va a tirar a una chocha. Ha matado ya una codorniz, ha arrancado plumas a una perdiz, y ha errado una liebre con la escopeta de su padre.

A la codorniz la mató en el suelo, de-

ZANAHORIA

lante de las narices del perro, puesto en acecho. Miraba primeramente, sin verla, aquella bolita redonda del color del suelo.

—Hazte atrás—le dijo el señor Lepic.— Estás demasiado cerca.

Pero Zanahoria, instintivo, dió un paso adelante, se echó la escopeta a la cara, tiró a quemarropa, y volvió a meter en la tierra la bolita gris. De su codorniz machacada, desaparecida, no pudo encontrar más que unas plumas y un pico ensangrentado.

Sin embargo, la fama de un cazador joven no queda consagrada mientras no mate una chocha, y es necesario que este atardecer sea decisivo en la existencia de Zanahoria.

El crepúsculo engaña; todos lo saben. Los objetos mueven sus líneas esfumadas. El volar de un mosquito perturba tanto

como la proximidad del trueno. Así, Zanahoria, conmovido, quisiera que fuese ya después.

Los tordos, de vuelta de los prados, pasan como cohetes, rápidos, entre las encinas. Los apunta para hacerse a la mira. Con la manga frota el vapor que empaña el cañón de la escopeta. Unas hojas secas dan aquí y allá un trotecillo.

Al cabo, dos chochas, cuyos largos picos les hacen pesado el vuelo, se levantan, se persiguen enamoradas, y dan vueltas por encima del bosque estremecido.

Van haciendo *pit, pit, pit*, como el señor Lepic ofreció; pero tan levemente, que Zanahoria duda que vengan hacia él. Sus ojos se mueven con vivacidad. Ve pasar dos sombras sobre su cabeza, y, apoyada la culata en el vientre, tira a discreción, al aire.

Una de las chochas cae con el pico por delante, y el eco dispersa la detonación formidable hasta las cuatro esquinas del bosque.

Zanahoria recoge la chocha, que tiene rota un ala, la zarandea gloriosamente, y aspira el olor de la pólvora.

Acude *Piramo*, precediendo al señor Lepic, que no se da más prisa ni menos prisa que de ordinario.

—Se va a quedar patidifuso—piensa Zanahoria, dispuesto a recibir elogios.

Pero el señor Lepic separa las ramas, se presenta, y dice con voz tranquila a su hijo, humeante aún:

—¿Cómo no has matado las dos?

EL ANZUELO

ZANAHORIA está quitando la escama a sus pescados: gobios, breques y hasta pécas. Los rasca con un cuchillo, les abre el vientre, y revienta con el tacón las vejigas dobles transparentes. Junta los desperdicios para el gato. Trabaja afañándose, absorto, encorvado sobre el cubo blanco de espuma, y teniendo cuidado de mojarse.

La señora de Lepic va a echar un vistazo.

—¡Vaya!—dice.—¡Buena fritura nos has

ZANAHORIA

pescado para hoy! Cuando quieras, no eres torpe.

Lé acaricia el cuello y los hombros; pero, al quitar la mano, lanza gritos de dolor.

Tiene un anzuelo clavado en la yema del dedo.

Acude Ernestina, la hermana; Félix, el hermano mayor, viene detrás; y pronto llega el mismísimo señor Lepic.

—¡A ver!—dicen.

Pero ella se aprieta el dedo en la falda, entre las rodillas, y el anzuelo se clava más hondo. Mientras Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, la sostienen, el señor Lepic la coge del brazo, lo levanta en alto, y todos pueden ver el dedo. El anzuelo se lo ha traspasado.

Intenta extraerlo el señor Lepic.

—¡Ay, no; así no!—dice la señora de Lepic con voz aguda.

Efectivamente: el anzuelo está inmobilizado, por su dardo, de una parte, y por su anillo, de otra.

El señor Lepic se pone los lentes.

—¡Diablo!—exclama.—¡Habrá que romper el anzuelo!

¿Cómo romperlo? Al menor esfuerzo del marido, que no tiene dónde agarrar, la señora de Lepic salta y aúlla. ¿Le arrancan el corazón, la vida? Además, el anzuelo es de acero bien templado.

—Entonces—dice el señor Lepic,—habrá que sajar la carne.

Se afianza los lentes, saca el cortaplumas, y empieza a pasar por el dedo una hoja tan poco afilada y de modo tan débil, que no penetra. Aprieta, suda. Sale sangre.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!—grita la señora de Lepic; y todo el grupo tiembla.

—¡Más de prisa, papá!—dice Ernestina, la hermana.

—¡No te dejes caer tan fuerte!—dice Félix, el hermano mayor, a su madre.

El señor Lepic pierde la paciencia. El cortaplumas desgarrá, sierra al azar, y la señora de Lepic, después de haber murmurado: «¡Carnicero!, ¡carnicero!», se desmaya, afortunadamente.

El señor Lepic se aprovecha. Blanco, vuelto loco, da tajos, cava en la carne, y ya el dedo no es más que una llaga sangrienta, de la que se desprende el anzuelo.

¡Uf!

Entretanto, Zanahoria no ha servido de nada. Al primer grito de su madre echó a correr, y, sentado en la escalera, con la

cabeza entre las manos, se explica la aventura. Indudablemente, una vez que echó la caña a lo lejos, el anzuelo se le enganchó en la espalda.

—¡Ya no me extraña que no picasen!— exclama.

Oye los lamentos de su madre, y, por de pronto, no siente gran pesar al oírlos. ¿No ha de gritar él a su vez en seguida, y no menos fuerte que ella, tan fuerte como le sea posible, hasta quedarse ronco, para que ella se dé por vengada más pronto y le deje en paz?

Unos vecinos, curiosos, le preguntan:

—¿Qué ocurre, Zanahoria?

Él no contesta; se tapa los oídos, y su cabeza roja desaparece. Los vecinos se ponen en fila al pie de la escalera a esperar noticias.

Al cabo, la señora de Lepic aparece.

Está pálida como recién parida, y, en el orgullo de haber corrido grave riesgo, lleva por delante el dedo cuidadosamente entrapado. Va triunfando de un resto de dolor. Sonríe a los asistentes, los tranquiliza con unas pocas palabras, y dice con dulzura a Zanahoria:

—Mira, pequeño, me has hecho daño; pero no te guardo rencor: no ha sido culpa tuya.

Nunca habló en tono semejante a Zanahoria. Sorprendido, alza la frente. Ve el dedo de su madre envuelto en trapos e hilos, pulcro, grueso, cuadrado, como muñeca de niña pobre. Los ojos secos se le llenan de lágrimas.

La señora de Lepic se inclina. Él hace el acostumbrado ademán de protegerse con el codo. Pero ella, generosa, le da un beso delante de todos.

Zanahoria no lo entiende, y llora a lágrima viva.

—¡Pero si te digo que se acabó, que te perdono! ¿Por tan mala me tienes?

Los sollozos de Zanahoria redoblan.

—¿Será tonto? ¡Cualquiera diría que le están degollando!—dice la señora de Lepic a los vecinos, enternecidos por su bondad.

Les alarga el anzuelo, y ellos lo examinan con curiosidad. Uno afirma que es del número 8. Va recobrando ella poco a poco su facilidad de palabra, y con lengua voluble refiere el drama al público.

—¡Ah! ¡En aquel momento le hubiera matado si no llego a quererle tanto! ¡Parece mentira, un instrumento tan chico como un anzuelo! Creí que me subía hasta las nubes.

Ernestina, la hermana, propone que vayan a enterrarlo lejos, al extremo del jar-

dín, en un hoyo, apisonando después la tierra.

—¡Cómo! ¡Nada de eso!—dice Félix, el hermano mayor.—Me quedo con él para pescar. ¡Atiza! ¡Un anzuelo empapado en sangre de mamá! ¡Ahí es nada! ¡Y que no voy a coger peces! ¡Arreal! ¡Gordos como el muslo!

Y zarandea a Zanahoria, que, estupefacto aún por haberse librado del castigo, exagera todavía su arrepentimiento, lanza por la garganta gemidos roncós, y lava a grifo abierto las manchas de su fea cara, hecha para los bofetones.

LA MONEDA DE PLATA

I

LA SEÑORA DE LEPIC

No se te ha perdido nada, Zana-
horia?

ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Por qué dices que no así, en segui-
da, sin saberlo? Sácate primero los bol-
sillos.

ZANAHORIA

ZANAHORIA

*(Vuelve los forros de sus bolsillos, y los mira
colgar como si fuesen orejas de burro.)*

¡Ah, sí, mamá! Dámelo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Dame qué? ¿De modo que se te ha per-
dido algo? ¡Te pregunté por casualidad, y
resulta que he adivinado! ¿Qué se te ha
perdido?

ZANAHORIA

No sé.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Cuidado, que vas a decir mentira! Ya
estás divagando como un pez aturdido.

J. RENARD

Contesta despacio. ¿Qué se te ha perdido?
¿Es el trompo?

ZANAHORIA

Precisamente. Ya no me acordaba. Es
el trompo, sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

No, mamá; no es el trompo. Te lo con-
fisqué la semana pasada.

ZANAHORIA

Entonces, será mi cortaplumas.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué cortaplumas? ¿Quién te ha regala-
do un cortaplumas?

ZANAHORIA

ZANAHORIA

Nadie.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Pobre hijo mío! ¡No acabaremos nunca!
Cualquiera diría que una te vuelve loco.
Y, sin embargo, estamos solos. Te inte-
rrogo con dulzura. Un hijo que quiere a
su madre, todo se lo confía. Apuesto a que
se te ha perdido tu moneda de plata. No
lo sé; pero estoy segura. No me lo niegues.
La nariz se te arruga.

ZANAHORIA

Mamá, la moneda me pertenecía. Mi pa-
drino me la había dado el domingo. Me
quedo sin ella; ¡cómo ha de ser! Es para
contrariarse; pero ya me consolaré. Ade-

más, no le tenía gran apego. ¡Una moneda más o menos!...

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Habrás visto charlatán! Y yo escuchándote como una infeliz. ¿De modo que tienes en nada el trabajo de tu padrino, que tanto te mima, y que se va a poner hecho una fiera?

ZANAHORIA

Figurémonos, mamá, que he gastado la moneda a gusto mío. ¡No iba a estarme vigilándola toda la vida!

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Basta ya, monol No debías perder la moneda ni despilfarrarla sin permiso. Ya te quedaste sin ella: reemplázala, encuén-

trala, fábrcala, arréglatelas. ¡Trota, y no discutas!

ZANAHORIA

¡Sí, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Y te prohíbo que digas *Sí, mamá*, y que te las echés de original; y ¡cuidadito con que yo te oiga canturrear, silbar entre dientes o imitar al carretero sin preocuparte! ¡Conmigo no valen esas mañas!

II

Zanahoria se pasea a pasos cortos por las avenidas del jardín, gimoteando. Busca un poco, y a menudo da un resoplido. Cuando nota que su madre le observa, se queda inmóvil, o se baja y hurga con la

punta de los dedos entre las acederas, en la arena menuda. Cuando piensa que la señora de Lepic ha desaparecido, deja de buscar. Sigue andando por fórmula, como si husmeara.

¿Dónde demonio se habrá metido esa moneda de plata? ¿Allá arriba, en el árbol, dentro de un nido viejo?

En ocasiones, gente distraída que nada buscaba, se ha encontrado unas monedas de oro. Más de una vez se ha visto. Pero aunque Zanahoria se arrastrara por los suelos, desgastándose las rodillas y las uñas, no recogería ni un alfiler.

Cansado de vagar en espera de no sabe qué, Zanahoria se echa el alma a la espalda y vuelve a su casa para ver cómo se presenta su madre. Acaso esté tranquila, y si la moneda sigue sin parecer, se pueda renunciar a buscarla.

No ve a la señora de Lepic. La llama tímido:

—¡Mamá! ¡Eh, mamá!

No contesta. Acaba de salir, y se ha dejado abierto el cajón del costurero. Entre lanas, agujas, carretes blancos, rojos y negros, Zanahoria ve algunas monedas de plata.

Parece que se han hecho viejas allí. Tienen aspecto de dormir en aquel sitio, despertándose rara vez, llevadas de un rincón a otro, mezcladas, sin número.

Lo mismo pueden ser tres que cuatro o que ocho. Difícil sería contarlas. Habría que volver el cajón, sacudir los ovillos. ¿Y cómo podrían probarlo?

Con la presencia de espíritu que no le abandona más que en las grandes ocasiones, Zanahoria, resuelto, alarga el brazo, roba una moneda y echa a correr.

El miedo de verse sorprendido le ahorra vacilaciones, remordimientos, una vuelta peligrosa hacia la mesa de labor.

Va derecho, con demasiado ímpetu para poder pararse, recorre las avenidas, escoge sitio, «pierde» en él la moneda, la hunde con un taconazo, se tira de bruces, y, cosquilleándole la hierba en las narices, se arrastra a sus anchas, describe círculos irregulares, como cuando uno da vueltas, con los ojos vendados, alrededor de un objeto escondido, mientras que la persona que dirige los juegos de prendas, dándose golpes ansiosos en las pantorri-llas, exclama:

—¡Cuidado! ¡Caliente, caliente!

III

ZANAHORIA

¡Mamá, mamá, ya la tengo!

LA SEÑORA DE LEPIC

Pues yo también.

ZANAHORIA

¿Cómo es eso? Mírala aquí.

LA SEÑORA DE LEPIC

Aquí la tienes.

ZANAHORIA

¡Anda! Déjame verla.

LA SEÑORA DE LEPIC

Trae tú, que la vea yo.

ZANAHORIA

(Enseña su moneda. La señora de Lepic enseña la suya. Zanahoria las manosea, las compara y forma su frase.)

¡Qué gracia! ¿Dónde la has encontrado tú, mamá? Yo la he encontrado en este paseo, al pie del peral. Veinte veces habré pasado por encima sin verla. Relucía. Primero creí que era un pedazo de papel o una violeta blanca. No me atrevía a cogerla. Se me habrá caído del bolsillo un día que me revolqué por la hierba haciendo diabluras. Bájate, mamá; mira el sitio en que la muy pilla se ocultaba, su guarida. ¡Ya puede decir que me ha dado que hacer!

LA SEÑORA DE LEPIC

No diré que no. Yo la he encontrado en el otro gabán tuyo. A pesar de mis observaciones, siempre se te olvida vaciar los bolsillos cuando los llevas atestados de cosas. He querido darte una lección de orden. Te he dejado que buscaras para enseñarte. Y será preciso creer que el que busca encuentra siempre, porque ahora tienes dos monedas de plata en lugar de una. Ya estás forrado de oro. Bien está lo que bien acaba; pero te aviso que el dinero no es la felicidad.

ZANAHORIA

¿Entonces, mamá, puedo irme a jugar?

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Sin duda! Que te diviertas; nunca has

de ser más chico para divertirme. Llévate las dos monedas.

ZANAHORIA

¡Oh, mamá; con una me basta! Y aun te agradeceré que me la guardes hasta que la necesite. Serás muy buena.

LA SEÑORA DE LEPIC

No; las cuentas claras. Guárdate tus monedas. Las dos te pertenecen: la de tu padrino y la otra, la del peral, como no venga su dueño a reclamarla. ¿Quién será? Por más vueltas que le doy... ¿Y tú no te imaginas?

ZANAHORIA

No, la verdad; y me da lo mismo. Ya lo pensaré mañana. ¡Hasta ahora, mamá, y gracias!

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Espera! ¿Y si fuese el jardinero?

ZANAHORIA

¿Quieres que vaya ahora mismo a preguntárselo?

LA SEÑORA DE LEPIC

Ven acá, criatura; ayúdame. Reflexionemos. Tu padre no puede ser sospechoso de negligencia a sus años. Tu hermana echa sus ahorros en la alcancía. A tu hermano no le queda tiempo para perder el dinero: una perra chica se le deshace entre los dedos. Después de todo, acaso haya sido yo.

ZANAHORIA

Mamá, eso me asombraría. ¡Tú, que lo guardas todo tan cuidadosamente!

LA SEÑORA DE LEPIC

A veces las personas mayores se engañan como los chicos. ¡Ea, ya lo veré! En todo caso, sólo a mí me importa. No se hable más de esto. Pierde cuidado. Corre a jugar, hijo, pero no te vayas muy lejos, mientras echo una mirada al cajón de mi costurero.

(Zanahoria, que ya tomaba carrera, se vuelve, y sigue un momento con los ojos a su madre, que se aleja. Al cabo, bruscamente, se le pone delante, se queda plantado, y, en silencio, le ofrece una mejilla.)

LA SEÑORA DE LEPIC

(Levantando la mano derecha, que amenaza ruina.)

Sabía que eras embustero; pero no creí

que te atrevieses a tanto. Ahora mientes dos veces. ¡Sigue, sigue! Empieza uno por robar un huevo, en seguida roba un buey, y acaba por asesinar a su madre.

(Cae la primera bofetada.)

LAS IDEAS PROPIAS

EL señor Lepic, Félix, el hermano mayor, Ernestina, la hermana, y Zanahoria, están pasando la velada junto a la chimenea, en que arde un tronco, raíces y todo, y las cuatro sillas se columpian sobre las patas delanteras. Discuten, y Zanahoria, ya que no está la señora de Lepic, va desarrollando sus ideas personales.

—Para mí—dice,—los títulos de familia no significan nada. Así, papá, tú sabes lo que te quiero; pues te quiero, no porque seas mi padre: te quiero porque eres mi

ZANAHORIA

amigo. En efecto: ningún mérito tienes en ser mi padre; pero tu amistad yo la miro como un alto favor que, sin debérmelo, me otorgas generosamente.

—¡Ah!—contesta el señor Lepic.

—¿Y yo? ¿Y yo?—preguntan Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—Ocurre lo mismo—dice Zanahoria.—El azar es quien os ha hecho hermano y hermana míos. ¿Por qué he de agradecerlos? ¿Quién tiene la culpa si los tres somos Lepic? Evitarlo, no podríais. Pues sería inútil que yo os tuviese gratitud por un parentesco involuntario. Solamente os doy gracias, a ti, hermano, por tu protección, y a ti, hermana, por tus cuidados eficaces.

—¡A tus órdenes!—dice Félix, el hermano mayor.

—¿De dónde irá a sacar esas reflexiones

del otro mundo?—dice Ernestina, la hermana.

—Y lo que estoy diciendo—añade Zanahoria—lo afirmo de un modo general, sin hacer caso de personalidades; y si estuviere aquí mamá, delante de ella lo repetiría.

—No lo repetirías dos veces—dice Félix, el hermano mayor.

—¿Qué ves de malo en mis palabras?—contesta Zanahoria.—¡Cuidado con desnaturalizar mi pensamiento! Lejos de no tener corazón, os quiero más de lo que parece. Pero este cariño, en lugar de ser trivial, instintivo y rutinario, es voluntario, razonado, lógico. Lógico: ésa es la palabra.

—¿Cuándo se te quitará la manía de usar términos cuyo sentido desconoces—dice el señor Lepic levantándose para irse a

la cama,—y la de querer, a tus años, darle ciento y raya a los demás? Si vuestro difunto abuelo me hubiese oído soltar la cuarta parte de tus majaderías, pronto me hubiera demostrado, con un puntapié y un sopapo, que no era más que su hijo.

—Pues de algo hay que hablar para pasar el rato—dice Zanahoria, inquieto ya.

—Más valdría que te callaras—dice el señor Lepic con una palmatoria en la mano.

Y desaparece. Félix, el hermano mayor, se va tras él.

—¡Hasta la vista, compañero!—le dice a Zanahoria.

Luego, Ernestina, la hermana, se pone en pie, y gravemente,

—¡Buenas noches, amigo!—le dice.

Zanahoria se queda solo, desconcertado.

Ayer el señor Lepic le aconsejaba que aprendiese a reflexionar.

—¿Quién es uno?—le decía.—Uno no existe. *Todos* no es nadie. Repites demasiado lo que oyes. Trata de pensar un poco por cuenta tuya. Expresa tus ideas propias, aunque no tengas más que una para empezar.

Como la primera que lanza no logra buena acogida, Zanahoria tapa el fuego, coloca las sillas contra la pared, hace un saludo al reloj, y se retira al cuarto de que arranca la escalera de una cueva, y que llaman el cuarto de la cueva. Es un cuarto fresco y agradable en verano. Allí se conserva bien la caza una semana entera. La última liebre muerta echa sangre por la nariz en un plato. Hay banastas llenas de grano para las gallinas, y Zanahoria nunca se cansa de removerlo con los brazos, que se hunden hasta el codo.

De ordinario, los vestidos de toda la fa-

milia, colgados de la percha, le impresionan. Se los creyera suicidas que acaban de ahorcarse después de haber tomado la precaución de dejar las botas, bien colocadas, en la tabla de encima.

Pero esta noche Zanahoria no tiene miedo. No echa una ojeada debajo de la cama. Ni la luna ni las sombras le causan espanto, ni el pozo del jardín, como si se abriese allí mismo ex profeso para el que quisiera tirarse por la ventana.

Tendría miedo si pensara en tener miedo; pero ya no piensa tal cosa. En camisa, se le olvida andar de talones para sentir menos el frío de las rojas baldosas.

Y ya en la cama, puestos los ojos en los bullones que forma el yeso húmedo, sigue desarrollando sus ideas propias, llamadas de tal modo porque tiene uno que guardárselas para sí.